

Lucie Paratte (Universidad de Neuchâtel)

Una imagen híbrida: Nueva York en tres obras de Antonio Muñoz Molina y Elvira Lindo

The perpetual flux of New York, the diversity of its inhabitants and the clichés associated with this metropolis encouraged Antonio Muñoz Molina and Elvira Lindo to write hybrid texts during their stays in the city. The books are innovative with regard to genre because *Ventanas de Manhattan* (2004), *Lugares que no quiero compartir con nadie* (2011) and *Noches sin dormir* (2015) are situated between the novel and the autobiography and between the novel and the diary, respectively. They are also innovative in terms of form because they involve intermediality and intertextuality. This analysis attempts to explain how these mechanisms, which merge the genres and the arts, are conditioned by urban surroundings.

Narrar originalmente una ciudad tan conocida y representada en el imaginario colectivo como Nueva York no es tarea fácil. Sin embargo, Antonio Muñoz Molina en *Ventanas de Manhattan* (2004) y su esposa Elvira Lindo en *Lugares que no quiero compartir con nadie* (2011) y *Noches sin dormir* (2015) aceptan el reto y comparten con los lectores sus estancias en la Gran Manzana. El interés de examinar estas tres obras de manera conjunta reside no solo en averiguar cómo manejan el relato de Nueva York, sino también en el examen de cómo una misma experiencia se transcribe en palabras por dos narradores que comparten tanto. Gracias a las diversas estancias de varios meses en la metrópolis por la situación laboral de Muñoz Molina, ambos autores proponen un retrato personal de la ciudad. Este análisis estudia la diversidad genérica presente en las tres obras enfocándose sobre todo en los géneros del yo. Igualmente, analiza la introducción de otras artes mediante la intertextualidad y la intermedialidad en estos libros de la pareja Muñoz Molina-Lindo.

Tanto *Ventanas de Manhattan* como *Lugares que no quiero compartir con nadie* y *Noches sin dormir* se caracterizan por no entrar en una categoría genérica bien delimitada. Muñoz Molina y Lindo eligen una narración en primera persona para describir su experiencia en la Gran Manzana, aunque a ambos autores les gusta el anonimato y ser personas cualesquiera al deambular por la urbe. No obstante, sus textos no son meras autobiografías sobre la etapa neoyorquina de sus vidas. Las tres obras se asemejan más bien a una autoficción, con grados diferentes dependiendo del libro. Según la definición de Alberca (2007, 89), la autoficción

es una novela, que, igual que todas las novelas, deja libres al autor y al lector para imaginar como verosímil la historia inventada que allí se cuenta, pero en la que pareciera que el novelista se comprometiese a decir la verdad sobre su vida y sobre sí mismo, al atribuir a su protagonista y narrador un nombre propio idéntico al suyo, como sucede en las obras que se someten al pacto autobiográfico.

Los textos tienen por lo tanto características narrativas de la ficción, pero con una identidad similar entre el autor, el narrador y el personaje. En efecto, *Ventanas de Manhattan*, *Lugares que no quiero compartir con nadie* y *Noches sin dormir* – aunque este en menor medida, por ser más claramente definido como diario – poseen un pacto de lectura ambiguo que está a medio camino entre la ficción y la autobiografía. La utilización de tiempos verbales como el imperfecto forma parte de los recursos usados para entrar en el mundo de la ficción, como se observa en el siguiente pasaje: "La ventana daba a un patio grande [...]. Había muchos pisos por encima, y no se vislumbraba el cielo. En el silencio se escuchaban a veces pasos y voces en los corredores del hotel" (Muñoz Molina 2004, 9). Sin embargo, los libros de Muñoz

Molina y Lindo poseen también algo de autobiografía, por tener elementos reconocibles como pertenecientes a sus vidas. En un diario como *Noches sin dormir* este aspecto está muy presente, al contar la autora recuerdos de su infancia. Además, la narración de los tres textos sigue el flujo de la mente e incluye observaciones o anécdotas, pero también recuerdos. Esto se marca con repeticiones o digresiones. Se observa, por tanto, que los escritores no obedecen a la cronología típica de la autobiografía y componen textos más distanciados de la línea temporal habitual. Este alejamiento está muy presente en las autoficciones, como señala Ana Casas (2012, 39): "[e]l desorden cronológico, la estructura caótica, habitualmente digresiva de la autoficción, cuestionan, en fin, las nociones de sucesión y significación que en la autobiografía tienden a ofrecer una imagen de síntesis tanto de lo acontecido como del propio yo". Además, Philippe Gasparini (2012, 190) señala que en las autoficciones se observan varias "técnicas anti-cronológicas: monólogo interior como resultado de la asociación de ideas, yuxtaposición de secuencias según un orden arbitrario, interpolación de visiones imaginarias, inserción de fotografías, [...], retrato y biografía de terceros". Todos estos elementos aparecen en Muñoz Molina y Lindo y les permite cuestionar la lógica del tiempo y poner en tela de juicio la manera de contar una ciudad tan cambiante como Nueva York.

A pesar de los diferentes estilos de cada libro, se evidencia otra característica común entre las tres obras. Todas están muy fragmentadas, dando lugar a una construcción que produce en el lector una sensación de autenticidad y de espontaneidad de la escritura. *Ventanas de Manhattan*, por su parte, no tiene la sencillez de la espontaneidad ni los rasgos de oralidad presentes en los dos textos de Lindo. Sin embargo, las abundantes listas que aparecen a lo largo de la narración pueden considerarse como manifestaciones de autenticidad, pues son tentativas de Muñoz Molina por abarcar en su totalidad un lugar de Nueva York. Esta fragmentación de los tres libros proviene tanto de la mezcla de géneros como del objeto en sí. En efecto, Nueva York se transforma perpetuamente, porque hay edificios que desaparecen y otros que se construyen, y la ciudad se basa en una población muy variada. Así que la diversidad de contenido y de modo de expresión parece ser el mejor y único modo de contar la metrópolis.

No obstante, transcribir la heterogeneidad de una ciudad como Nueva York pide otros medios de expresión que la literatura tradicional. De manera que, al lado del diario, de la autoficción con su mezcla de novela y autobiografía, las tres obras comparten también características comunes con la literatura de viaje. Las descripciones de paisajes urbanos y la narración de la historia de la ciudad son elementos que aparecen en Muñoz Molina y Lindo y que son frecuentes en los relatos viajeros. Al lado de estos aspectos de la narración, se observa también similitudes entre los textos – sobre todo los de Lindo – con la guía turística. *Lugares que no quiero compartir con nadie* se cierra, de hecho, con un anexo que reúne las direcciones y las páginas web de los lugares evocados. Es más: en *Noches sin dormir*, Lindo cuenta un encuentro con turistas que aprovechan el libro para descubrir sitios menos visitados. Sin embargo, los textos no se convierten en guías, porque introducen la reacción de la escritora. Las tres obras no son solo prescripciones de visita, sino que demuestran también la tendencia de ambos autores de alejarse de los clichés sobre la Gran Manzana y de presentar rincones menos turísticos. Los escritores contemplan la ciudad de manera subjetiva y miran sus detalles con ojos nuevos. Muñoz Molina y Lindo tienen una visión de la urbe ya construida por el imaginario colectivo, pero son igualmente capaces de eliminar estos filtros del turismo de masa para ofrecer una mirada diferente sobre Nueva York. Así pues, no solo se retratan a sí mismos en la ciudad, sino que son también viajeros y sobre todo *flâneurs*, como lo hizo antes de ellos Baudelaire en París o también Federico García Lorca en Nueva York. Lindo y Muñoz Molina se fijan en los detalles de lo cotidiano y por lo tanto su retrato de la ciudad se compone también de estas contemplaciones. Sin embargo, no solo la observación juega un

papel importante en estas narraciones tan personales de la Gran Manzana, sino que los demás sentidos son también centrales en las tres obras de este estudio. El Nueva York de Lindo y Muñoz Molina es en efecto también musical y perfumado, como lo atestiguan los siguientes pasajes: "Colecciono sonidos en mis paseos musicales por el parque: una trompeta, un clarinete, una trompa, un saxo alto, un saxo tenor" (Muñoz Molina 2004, 263) o "un aroma que contiene infinidad de colores, formas y texturas: el olor de la albahaca fresca, el de la menta [...], y el olor del invierno que traemos los clientes de la calle, de la lana de los gorros y del cansancio, el olor del material aislante de los abrigos" (Lindo 2011, 62).

Captar con palabras todas estas sensaciones y expresar objetos que no se construyen con los mismos sistemas que el lenguaje es difícil. Para describir a pesar de todo estos elementos de la ciudad, los autores introducen otras artes en sus textos. Aparecen en las obras no solo reproducciones de pancartas, carteles o anuncios publicitarios sino también citas procedentes de la abundante literatura referida a Nueva York. La intertextualidad tiene un papel importante en los libros de Lindo y Muñoz Molina: las citas de otros autores permiten expresar una realidad del mundo que cuesta retratar y a la vez rendir homenaje a autores que ya estuvieron en la metrópolis y que dijeron con palabras adecuadas lo que el escritor observa. Estas citas construyen también la autobiografía literaria de los autores, porque "el tipo de información proporcionada por el viajero/escritor es bidireccional, es decir, que ilustra tanto sobre la cultura visitada como sobre el bagaje cultural y los prejuicios del que visita" (Albuquerque 2006, 81). Mediante la intertextualidad, los autores comparten otra faceta de su vida, es decir su biblioteca. Este procedimiento de referencias se observa muy bien en algunos pasajes de los textos de la pareja española, como en este fragmento: "*Yo oigo las sirenas y murmullos de Nueva York*, escribe Lorca en una carta a su familia. De nuevo se oyen sirenas, pero ahora mucho más lejos, traídas desde otro extremo de la ciudad por un cambio del viento" (Muñoz Molina 2004, 130) o en este:

El escritor alemán Carl Zuckmayer, huido del nazismo, apuntó, en sus primeras impresiones de Nueva York en 1939 que lo había vivido como una marea incesante, "absorbiendo los ruidos vulgares y el olor a palomitas de maíz de Times Square, los súbitos silencios huecos en las calles laterales, los torrentes de luces, el chillido de los frenos y el aullido distante de las sirenas de los barcos... Todo, incluidos los peligros de la gran ciudad, nos daba la sensación de haber aterrizado en un continente salvaje, donde tienes que estar preparado incansablemente para aventuras y sorpresas". Las sensaciones vendrían a ser idénticas ahora, con la diferencia de que ahora existen Times Squares en muchas ciudades del mundo (Lindo 2015, 64-66).

Este tejido de citas y referencias se puede igualmente entender como una guía literaria, como una invitación a los lectores a leer otras representaciones de la ciudad que a Lindo y Muñoz Molina les parecen importantes para captar Nueva York.

Además y al lado de la intertextualidad, las tres obras tienen otro aspecto en común, a saber, la intermedialidad, es decir, una relación entre diferentes medios. Entendemos por medio, "un sistema o código que se emplea para transmitir información y que genera una representación de la realidad" (Cubillo Paniagua 2013, 171). La intermedialidad ofrece la oportunidad de proyectar en el texto imágenes difíciles de captar mediante palabras. En efecto, constatamos "una cierta inferioridad por parte de la literatura frente a las artes plásticas, por ser sus imágenes, a través de los signos verbales que le son propios, de índole artificial o convencional frente a la, al menos, aparente 'naturalidad' de los iconos con que, por caso, un pintor describe la realidad natural" (Villanueva 2008, 38). La inserción visual más importante en los textos de Muñoz Molina y Lindo se manifiesta a través de referencias al mundo cinematográfico. Estas son bastante abundantes, sobre todo para contar una ciudad como Nueva York, donde las imágenes de cine que la representan están en todas las mentes. Sin embargo, el imaginario fílmico puede llevar a desilusiones, como cuenta Muñoz Molina en su llegada a Nueva York:

También yo he viajado a Nueva York empapado de cine, como cualquiera, atraído por ese imán de la pantalla brillante en una sala a oscuras, y por eso me ha chocado tanto, cuando por los altavoces del avión se nos aseguraba que estábamos llegando, no reconocer ningún lugar, no encontrarme inmediatamente, desde muy alto y desde lejos, con las siluetas de los rascacielos y la estatua de la Libertad emergiendo poderosamente del mar (Muñoz Molina 2004, 27).

A pesar de los posibles desencantos, la inserción de comparaciones con películas crea en el lector que las conoce unas imágenes mentales que le permiten ambientar mejor los lugares del texto. Además del cine, la escultura es otro medio de representación que entra en juego, sobre todo en *Ventanas de Manhattan*. La descripción de una escultura se convierte por ejemplo en metáfora de los atentados del 11 de septiembre de 2001, donde la transformación del material de la escultura simboliza la fuerza de destroz de aquellos atentados y el carácter cambiante de las cosas que aparecen como inmutables (cf. Muñoz Molina 2004, 329–330). Un arte como la escultura permite pues ofrecer otra mirada sobre la ciudad, tanto al escritor como al lector. En los textos de Lindo, otras artes entran directamente, ya que en *Lugares que no quiero compartir con nadie*, 24 ilustraciones creadas por Miguel Sánchez Lindo, el hijo de la escritora, acompañan al relato, mientras que en *Noches sin dormir* son 64 fotografías realizadas por la propia Lindo. Es otra manera de hacer suya la ciudad, de captarla y de compartir su percepción de la urbe.

En este sentido, dentro de la intermedialidad, hay otro remedio muy usado tanto por Lindo como Muñoz Molina: se trata de la écfrasis, es decir, "la representación verbal de una representación visual" (Artigas Albarelli 2013, 15). Esta descripción detallada de una obra visual suele ser en la mayoría de los casos una pintura. En los tres libros de Muñoz Molina y Lindo, Nueva York se compara con cuadros de Paul Klee, como en este pasaje de *Noches sin dormir*:

Hay una ventana diminuta siempre iluminada en rojo, otras en amarillo, otras azuladas. Su caprichosa disposición dibuja en la oscuridad lo más parecido a un cuadro de Paul Klee que pueda ofrecer la realidad. Siempre miro estos dos ventanales como si fueran dos cuadros de naturaleza expresionista sobre los que de vez en cuando camina un personaje (Lindo 2015, 98).

Las referencias a pintores evocan directamente imágenes a los lectores que evitan a los autores largas descripciones porque cuentan con la cultura pictórica de los receptores. Se observan además alusiones a Georges Seurat, a Vincent Van Gogh y, sobre todo, a Edward Hopper, cuyos cuadros impregnan las deambulaciones de Muñoz Molina, quien observa a "gente que lee el periódico junto a una lámpara encendida, en un sillón tan rojo y ancho como ciertos sillones de Hopper" (Muñoz Molina 2004, 57). Todas aquellas formas de écfrasis son maneras de reflejar la ciudad. Mediante la écfrasis, el escritor transmite una visión precisa y puede construir otra representación más propia a partir del cuadro referido. Si, como en el caso de *Lugares que no quiero compartir con nadie*, no hay referencias directas a pintores, la situación sigue siendo similar que en los casos de écfrasis. En efecto, Lindo toma prestado en sus descripciones el vocabulario de la pintura para reflejar algunas de sus observaciones. Además, en una urbe como Nueva York, es necesario delimitar la mirada, y esto se consigue también al considerar el mundo como un cuadro que describir. Para no perderse en la amplitud de la ciudad y facilitar su percepción, Lindo y Muñoz Molina circunscriben la realidad. Muñoz Molina lo hace a lo largo de *Ventanas de Manhattan* teniendo como *leitmotiv* de sus descripciones el marco de una ventana; un elemento que el autor no considera como una frontera entre el observador y el mundo exterior, sino que le ofrece la posibilidad de reproducir el mundo (cf. Champeau 2008, 607).

Finalmente, está claro que Nueva York es una ciudad muy representada en las artes, de manera que Muñoz Molina y Lindo, como la mayoría de los visitantes de la metrópolis, no pueden liberarse de las imágenes del cine o de la pintura. Sin embargo, si este imaginario colectivo está presente en *Ventanas de Manhattan*, *Lugares que no quiero compartir con nadie* y *Noches sin dormir*, la percepción directa de los autores permanece en el centro de la

narración. Se tiene en estos textos una percepción subjetiva de Nueva York que se compone mayormente de lo atípico para proponer una visión de la ciudad liberada de los rascacielos y de la estatua de la Libertad. Mediante un pacto de lectura ambiguo a medio camino entre ficcionalidad y referencialidad, los escritores se alejan de la autobiografía centrada en la vida del autor para tomar la voz del viajero y reflejar muchos aspectos de la ciudad, retratar a algunos de sus habitantes e imaginar su propia Nueva York. Además, la representación mediante la autoficción se adapta particularmente bien a la descripción de una metrópolis como Nueva York. En efecto, a lo referencial se superponen lo imaginario que atribuimos a la urbe y las referencias artísticas introducidas por intertextualidad e intermedialidad. Tal vez, con estas narraciones a medio camino entre géneros, entre medios y entre realidad y ficción nos hallamos frente a la mejor manera de representar esta urbe tan diversa e inabarcable, que aparece como un universo múltiple. La utilización de la intertextualidad y de la intermedialidad son diferentes maneras de captar los instantes fugaces de una urbe heterogénea y en perpetuo cambio y de proporcionar al lector un viaje tanto al nivel geográfico como cultural. El arte permite a los autores fijar por lo menos una parte de esta realidad urbana que abre puertas hacia otras percepciones. A modo de conclusión, valgan las palabras de Muñoz Molina (2004, 205): "El arte enseña a mirar: a mirar el arte y a mirar con ojos más atentos el mundo. En los cuadros, en las esculturas, igual que en los libros, uno busca lo que está en ellos y también lo que está más allá, una iluminación acerca de sí mismo, una forma verdadera y pura de conocimiento".

Bibliografía

- Alberca, Manuel (2007), "¿Este (no) soy yo? Identidad y autoficción", in: *Pasajes* 25, 88–101.
- Albuquerque, Luis (2006), "Los 'libros de viajes' como género literario", in: Lucena Giraldo, Manuel / Pimentel, Juan (ed.), *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC, 67–87.
- Artigas Albarelli, Irene (2013), *Galería de palabras. La variedad de la éfrasis*, México, UNAM.
- Casas, Ana (2012), "El simulacro del yo: la autoficción en la narrativa actual", in: Casas, Ana (ed.), *La autoficción. Reflexiones teóricas*, Madrid, Arco / Libros, 9–42.
- Champeau, Geneviève (2008), "Le motif de la fenêtre dans *Ventanas de Manhattan* d'Antonio Muñoz Molina", in: Meunier, Philippe, Sauper, Edgar (ed.), *Mélanges en hommage à Jacques Soubeyroux*, Saint-Etienne, CELEC, 603–618.
- Cubillo Paniagua, Ruth (2013), "La intermedialidad en el siglo XXI", in: *Diálogos: Revista electrónica de historia* 2, 169–179.
- Gasparini, Philippe (2012), "La autonarración", in: Casas, Ana (ed.), *La autoficción. Reflexiones teóricas*, Madrid, Arco / Libros, 177–209.
- Lindo, Elvira (2011), *Lugares que no quiero compartir con nadie*, Barcelona, Seix Barral.
- Lindo, Elvira (2015), *Noches sin dormir. Último invierno en Nueva York*, Barcelona, Seix Barral.
- Muñoz Molina, Antonio (2004), *Ventanas de Manhattan*, Barcelona, Seix Barral.
- Villanueva, Darío (2008), *Imágenes de la ciudad. Poesía y cine, de Whitman a Lorca*, Valladolid, Ensayos literarios cátedra Miguel Delibes.